

Entrevista con Ángeles Mastretta

Reina Roffé

–Usted una vez dijo que «elegir siempre es abandonar y a veces uno elige sin darse cuenta de lo que abandona». ¿Sabe ahora qué tuvo que abandonar para escribir?

–Cuando uno tiene la edad de elegir, hay cientos de agujas sugiriéndote cosas y pidiéndote que te dediques a ellas. Qué abandonas y qué eliges está regido, como diría Borges, por el vago azar.

–Le oí comentar que su padre escribía para periódicos de Puebla, donde usted nació y se crió. ¿El hecho de que su padre escribiera fue determinante para usted?

–Mi padre escribía para divertirse, no ganaba dinero con eso. Era su hobby, otros se iban a jugar golf y él se sentaba a escribir. Yo me acuerdo de mí, muy chica, sentada en el piso, oyendo cómo él tecleaba. Si alguien me pide que evoque una imagen de mi padre contento, es la de él escribiendo. No sé en qué parte de mí estaba guardado esto pero, seguramente, influyó para que, más tarde, yo también me dedicara a escribir. Otra cosa que me ayudó fue que siempre tuve la certeza de que conversar me gustaba. Crecí en una familia muy apta para conversar, para la cual era importante platicar. Escribir es una forma de conversar, más sofisticada, que puede ser más elocuente, más cuidada, más elaborada, a la que le tienes que dedicar más tiempo; diría, incluso, que es una manera más bella de conversar y más crucial. Yo fui educada en la religión católica, la practiqué y fui muy devota o, mejor dicho, participaba de los ritos de la religión. Luego dejé de creer y de practicar sus ritos. Es probable que una siga necesitando de ciertos ritos. Escribir, a veces, es como rezar. Escribo oyendo música sacra, sobre todo cuando estoy trabajando en una novela. Oigo esa música toda la mañana, puedo llegar a oír un mismo concierto siete veces: las misas de Schubert que vuelven a empezar una y otra vez. Las pasiones, como la de la escritura, están hechas de sentimientos mezclados. Diría que escribir es ahora mi religión más verdadera, más auténtica.

–*Sé que su padre le dejó en herencia una máquina de escribir, una Olivetti verde. ¿Qué significó para usted esta herencia?*

–Muchas cosas. Cuando me fui de Puebla a México para estudiar en la universidad, me llevé la máquina conmigo. Yo iba en el coche de un primo mío y bajamos a tomar un café; al regresar, me habían robado la Olivetti. Y esto sucedió a la semana de que mi papá murió. A lo que significaba de por sí la máquina, se le sumó el hecho de haberla perdido. Por lo tanto, tenía que recuperarla de alguna manera, escribiendo.

–*¿Y su madre qué le dejó de herencia?*

–Mi madre me ha ido dando las herencias, porque sigue viva. Es una mujer muy aguerrida, firme, terriblemente disciplinada, muy exigente. Así como digo que mi papá escribía jugando, sé que para escribir libros, aparte de jugar y divertirse, hay que tener disciplina, ponerse todos los días seis o siete horas. Y eso me lo dio mi madre. Desde luego, un libro como *El mundo iluminado*, de textos breves, se puede escribir de a ratos, pero una novela necesita escritura diaria de varias horas y durante años. Para escribir *Mal de amores* tardé casi tres. Hay gente que puede escribir novelas en menos tiempo, pero en mi caso no es así.

–*¿Es escribiendo cuando se suelta y se toma ciertas libertades que en la vida no puede?*

–Ya dijimos que elegir siempre es abandonar. No se puede elegir todo. Yo, aunque quiera, no puedo elegir, por ejemplo, tener 20 años. Pero sí cuando estoy escribiendo. Entonces, puedo tener 20 años o ser hombre, ser médica o viajar en un tren del siglo pasado. Por eso creo que una escribe para buscarse otras vidas, aunque esté contenta con la suya. Precisamente, la vida que yo he elegido me dio la posibilidad de vivir muchas vidas y de ponerme en la piel de los demás. Una vez dije que me gustaría ser hombre para saber lo que sienten cuando están con una mujer. Quiero decir poder inventarlo y, al inventarlo, creer que lo sé. También se puede ver la naturaleza donde no la hay. Vivo en una ciudad, México, en la que yo quise ver el horizonte y, si alguien se fija, verá que en mis libros el horizonte está presente muchas veces. Hay, además, campos, volcanes, llanuras.

–*Sus libros han viajado por muchos países gracias a las traducciones. ¿Es tan viajera como sus libros? ¿Qué representa para usted el viaje?*

—Leí hace poco una novela cuyo personaje dice que no le gustaba viajar, porque viajar era dejar la seguridad de la casa. Ir a otras partes implica afrontar desafíos. Luego, el personaje se da cuenta de que, finalmente, todos nos vamos a tener que ir de viaje, un viaje que emprendemos solos. Y dice que no es tan malo acostumbrarse a perder las cosas que tenemos, a dejarlas. Viajar, la verdad, es ganar mundos nuevos y nacer, un poco, para otras gentes. Pero, al mismo tiempo, se mueren las cosas que dan seguridad. Da seguridad saber dónde se guardan tus zapatos, saber el lugar exacto donde te sientas a comer en tu mesa. A mí me da seguridad ver cómo los pájaros vienen a ese preciso lugar que es mi casa en la ciudad de México. Me da armonía y tranquilidad. Además, todo ser humano necesita saberse importante y hasta imprescindible para alguien; yo, en mi casa, me siento importante, imprescindible, segura y cobijada. Cuando viajas pierdes eso. Entonces: a mí me gusta viajar y encontrarme con gente nueva, pero también me cansa e inseguriza. Es una mezcla.

—*Usted dijo una vez que «los escritores hacen aparecer en sus libros los ojos, las bocas y el tono de voz de las mujeres a las que han amado; las mujeres reinventamos las rodillas, las manos, el modo en que camina nuestro ser más querido». ¿Esto nos estaría indicando una diferencia de género?*

—A lo mejor lo dije para no repetir los ojos, las bocas. Si hoy en día cuesta trabajo creer en Dios y tener fe en la existencia del Paraíso, por qué diablos hay que abrazar otras creencias y convertirlas en actos de fe. Yo ya no quiero saber si existe una diferencia de género en lo que escribimos. He dicho muchas veces que no. De lo que se trata es de ser buen escritor o mal escritor, entrañable o no, que nos guste o nos disguste lo que leemos. Eso es lo que hace una diferencia en la literatura, no el género. Hay lectores que insisten tanto en esto de la diferencia. No entiendo por qué hay que discutirlo.

—*¿Cómo preferiría que se leyera Arráncame la vida, como una desgarradora crónica política, como una saga familiar o como una romántica y trágica historia de amor?*

—A mí me encantaría que se pudiera leer como todo esto al mismo tiempo, pero sería muy ambicioso de mi parte. Es curioso, los libros se van convirtiendo en otras cosas. Cuando empecé a escribir esta novela, que no se llamaba así en aquel momento, lo que me había propuesto era contar la his-

toría del general Andrés Ascencio. Porque lo que a mí me intrigaba era el modo en que había ejercido el poder un cacique en una ciudad como Puebla, pero entonces me di cuenta de que lo que yo sabía sobre el cacique eran puras anécdotas oídas a unos y otros. En consecuencia, me pregunté: ¿quién puede saber mucho y, al mismo tiempo, nada de un hombre; quién puede desconocerlo, pero saber de su intimidad? Y me dije: su mujer. Por lo tanto, inventé a Catalina; y Catalina, con el paso del tiempo, se fue volviendo un personaje más fuerte que Andrés y más importante para el libro. La novela que empecé para hablar de Andrés Ascencio, acabó siendo la novela de Catalina. Por eso digo que ojalá sea todo lo que ha enumerado, porque también acabó siendo la novela de Carlos Vives, el amante de Catalina; acabó siendo una novela de amor entrañable, acabó siendo una tragedia. Bueno, yo lo pasé bien y mal escribiéndola, pero lo que sí puedo asegurar es que viví muy intensamente mientras la escribía.

—Entre los asuntos que llaman la atención de esta novela, se encuentra el hecho de que usted presenta, por un lado, la rigidez de los roles sexuales en la sociedad hispana y, por otro, una manera desenfadada de contar experiencias sexuales. ¿A qué se debe este contraste?

—La rigidez de los roles no depende de la protagonista, sino del mundo en que ella vive, de la realidad. Así era y así de impuesto estaba. Yo me he encontrado con feministas, sobre todo al principio, cuando salió *Arráncame la vida*, que me decían cómo es posible que Catalina no sea capaz de sublevarse, de matar a ese hombre, de mandarlo al demonio, de conseguirse un trabajo, de hacerse una vida distinta. Pero si Catalina Ascencio nunca quiso ser una feminista de los 70, lo único que quería era dar consigo misma. Yo lo que creo es que si alguna preocupación cabal tiene Catalina es la de saber quién es, nada más, quizás es su única pretensión y, también, la de sentir intensamente la vida. Por eso, no se muere cuando matan a Carlos Vives.

—Catalina Ascencio quiere que la quieran, pero sólo excepcionalmente es capaz de expresarlo así sin cuestionar lo dicho. ¿Esto revela quizás una visión del mundo marcada por la desconfianza hacia los afectos?

—No tanto por la desconfianza como por la incapacidad para vivir sin ellos. Quiere que la quieran como todos nosotros. Además, no es sólo una desgracia de Catalina, yo también la tengo, y también mucha gente. Hay a quienes, no quiero decir nos desquicia, pero sí nos puede aniquilar la